







UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
EDUCACIÓN



CCD: 808.543

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN DEL ECUADOR – UNAE

Rebeca Castellanos Gómez, PhD.

Rectora de la Universidad Nacional de Educación, UNAE

Luis Enrique Hernandez Amaro, PhD.

Vicerrector Académico

Graciela De La Caridad Urias Arbolaez, PhD.

Vicerrectora de Investigación y Posgrado

Consejo Superior Universitario

Representantes principales del personal académico

Wilfredo García Felipe, PhD.

Luis Alberto D´aubeterre Alvarado, PhD.

Diana Patricia Pauta Ortiz, PhD.

Janeth Catalina Mora Oleas, Dra.

Rolando Juan Portela Falgueras, PhD.

Dirección Editorial: Sofía Calle Pesántez, Mgt.

Diseño y diagramación: Pedro Molina, Dis.

Ilustración: Antonio Bermeo, Lic.

Corrección de estilo: Gloria Riera, PhD.

ISBN Digital: 978-9942-783-68-4

Volumen: IV

VI Concurso Literario “Escribe tu Microcuento”

Septiembre, 2021

Organizado por la Dirección de la Biblioteca

Directora: Mgtr. Fernanda Criollo

Referencista: Ing. Napoleón Peralta

Bibliotecarias:

Lcda. Jenny Pérez

Ing. Janneth Rojas

Referencista: Ing. Edison López

Jurado:

Sofía Calle, Mgt.

David Sequera, PhD.

Oliver Choin David, Mgt.

Universidad Nacional de Educación del Ecuador – UNAE,

Parroquia Javier Loyola (Chuquipata), Azogues – Ecuador

Teléfonos: (593) (7) 3701200

www.unae.edu.ec

Índice

5. **Presentación**
6. **La soledad en el parque**
Matías Gabriel Maldonado
8. **Los colores perdidos**
Isabel Victoria Sequera Villegas
10. **Carta al cielo**
Isabel Cristina Quizhpi Ortega
12. **Mi querido Cassian**
Tábata Gabriela Quezada Chalco
14. **¿La niña?**
Arianna Carolina Quezada Chalco
16. **El árbol que se cae**
Matías Fernando Godoy González
18. **Terremoto a mis 13**
Mayté Alexa Acosta Valencia
20. **Epifanía**
Juan Pablo Armijos Armijos
22. **Latido de cóndor**
Thalía Beatriz Carrión Carrión
24. **Como una hoja seca**
Johnatan Rafael Ortega Quinde
26. **Soluna**
Nataly Leonor Bermejo Cantos
28. **Reto de los sentidos**
Bernardita de Lourdes Vinueza Ortega
30. **Esperando**
Tania Osmara Gallegos Criollo
32. **Un viaje a la ciencia sobre ruedas**
Diana Alexandra Aucancela Palaguachi
34. **Mi éxodo ¿cuál es el tuyo?**
Concepción Esbélida López Cabrera
36. **El último cóndor**
Heidy Pamela Mogrovejo Álvarez
38. **El recuerdo de Charlotte**
Gabriela Noralma Rizzo Maridueña
40. **Cuando las hojas caen**
Leslie Aracely Mejía Cajamarca

Presentación



La labor que desempeña la Biblioteca de la Universidad Nacional de Educación ha permitido motivar a nuestros usuarios y demás público, interno y externo, a participar en el VI Concurso "Escribe tu microcuento," efectuado en el marco del Día Internacional del libro. Las obras ganadoras del certamen conforman este nuevo volumen de Cuentos Ñutos.

En cada página de este libro contamos con la magia de las ideas y pensamientos de la niñez, la juventud y de quienes se dedican a la labor docente. Cada año que pasa nos sorprende la gran creatividad aplicada en la escritura de los cuentos, ese andar por un mundo sin barreras, el cruzar la frontera de la imaginación sin encontrar límites para crear y escribir. El resultado nos llena de satisfacción y orgullo.

Desde la Biblioteca UNAE, en conjunto con nuestra Editorial universitaria, fomentamos la cultura, lectura, escritura, creatividad y creamos oportunidades para que nuestros usuarios exploren sus habilidades y florezcan nuevos escritores. En esta ocasión, la convocatoria alcanzó a más de 170 participantes y, como resultado del arduo trabajo del jurado, quedan plasmadas en esta obra 18 microcuentos seleccionados de las cinco categorías convocadas.

Invitamos a disfrutar de la lectura de Cuentos Ñutos IV, un material que forma parte de la colección Material Didáctico de la Editorial UNAE, y desde ya extendemos una cordial invitación para formar parte de la siguiente edición del VII Concurso "Escribe tu microcuento", que se desarrollará en el 2022. Un agradecimiento especial a todos los participantes, a nuestras autoridades, a los equipos de Biblioteca, Editorial, Comunicación y a las empresas Grupo Difusión Científica y Ebsco Host por su patrocinio.

Fernanda Criollo Iñiguez
Directora de Biblioteca UNAE

La soledad en el parque



Todas las tardes luego de regresar de la escuela, los niños del barrio, entre gritos y risas, salían a jugar al parque. Los pajaritos, los árboles y los animalitos que vivían allí se alegraban mucho con la bulla y los juegos de los pequeños visitantes. Era una gran aventura ir al parque.

Pero una tarde toda la ciudad se quedó en silencio y, aunque los días pasaban y pasaban, los niños no volvieron al parque. Los pajaritos ya no tenían a quién cantar, las flores y sus mágicos colores se iban apagando, y los árboles poco a poco se encogían, pues entre sus ramas no sentían más las fuertes pisadas de los grandes escaladores y conquistadores del mundo. Abundaba un profundo y triste silencio.

Cierto día, apareció por el parque un duende con un gran sombrero multicolor y preguntó con gran admiración: ¿qué pasó aquí?, ¿por qué hay tanto silencio? Con voz suave, el árbol más alto le contó lo que pasaba.

El duendecito, sin pensarlo dos veces, tomó su moto y salió a recorrer las calles de la ciudad. Todo estaba cerrado y la gente misteriosamente estaba escondida en sus casas. Escuchó por ahí que el coronavirus rondaba y que enfermaba a las personas gravemente. Entonces el duende convocó a una sesión urgente en aquel parque para explicar la situación. Todos los duendes estaban asustados, pero decidieron que en la noche visitarían los hogares y esparcirían polvitos de obediencia, paciencia, alegría y esperanza para que los niños no salieran de sus casas y estuviesen a salvo de ese feo virus.

Luego de un año, poco a poco los niños comenzaron nuevamente a visitar el parque, aunque un pedazo de tela tapaba sus hermosas sonrisas. Ahora los niños son más cuidadosos, aprendieron a valorar la libertad y lo importante que es cuidar la salud. Desde aquel entonces, los duendecitos vigilan atentos la ciudad.

Autor: Matías Gabriel Maldonado Guerrero

Categoría: 9-12 años

Puesto: Primer lugar

7

Los colores perdidos



Un día soleado de primavera salió el apacible arcoíris al caer algunas gotitas del cielo. De repente, una caprichosa nube se llevó sus lindos colores y los arrojó por diferentes partes del mundo. Entonces el arcoíris enjugó sus lágrimas y decidió salir a buscarlos alrededor de su hermoso planeta.

Encontró al rosado encondido en los dos colores de la bandera de Inglaterra, ya que al combinar rojo y blanco se forma el color rosado. Luego de ello viajó al Amazonas donde encontró muy asustadito al verde, que era el color de toda la selva y de sus palmeras, y también halló al verde claro, que jugaba en una laguna de la Amazonía de Brasil. Muy contento de encontrar sus colores voló al norte y, al llegar a Islandia, vislumbró al color azul escondido en los glaciares que posaban sobre los volcanes. Al color azul claro lo halló en las cálidas playas de Miami. Un poco bronceado por el sol del Atlántico se dedicó a buscar al morado y lo localizó descansando en una uva morada y jugosa de la India. Muy animado se dedicó a buscar al amarillo y lo encontró en la paja toquilla de Ecuador.

Su felicidad no era total, ya que no podía vivir sin hallar al rojo. En su búsqueda viajó velozmente a la eterna China y ¡allí estaba!, descansando en los sagrados templos de color rojo. Por último, le faltaba el naranja, fue así que presuroso se lanzó hacia la bella Venezuela donde crece la jugosa naranja tropical. Ya completamente feliz decidió expandirse lo más que pudo y envolvió por completo la circunferencia de la Tierra dando a todos sus habitantes un cielo único y multicolor.

Autor: Isabel Victoria Sequera Villegas

Categoría: 9-12 años

Puesto: Segundo lugar

Carta al cielo



Había una vez en un pueblito mágico llamado Gualaceo un abuelito que curaba huesos rotos. Amable, sonriente y feliz, él siempre esperaba a ver si alguien se quebraba algo mientras jugaba. Él lo curaba con sus cálidas manos y una pomada.

Una mañana mientras paseaba por el parque, noté que aquel abuelito ya no estaba en su casa. Asustada le pregunté a sus vecinos si algo pasaba, y solo me dijeron que, mientras él curaba, un virus fuerte entró en su cuerpo y, de un día al otro, su respiración se deterioró y que solo podía respirar con oxígeno. Cada día pasaba por el parque con la esperanza de verlo en su local; la gente tenía miedo del virus y no salía, y yo solo tenía miedo de quebrarme un hueso y no tenerlo a él para que me lo pueda curar.

Los días empezaron a hacerse eternos. Mis ojos empezaron a llorar, luego de la clase virtual no podía entender mis libros de trabajo. Mi profesora lo comenzó a notar, repetía varias veces mi nombre a ver si aprendí a sumar y restar. Con una tierna voz me dijo que, si algo me dolía, podía abandonar la clase, pero le expliqué a mi profesora que ese dolor nadie lo podía curar. Un frío y triste domingo por la tarde, la noticia comenzó a sonar: aquel abuelito fue a parar al cielo, con una sonrisa cerró sus ojitos para poder marcharse de este mundo.

Y en ese cielo azul se encuentra mi abuelito, a quien algún día volveré a abrazar. Mientras tanto escribiré desde la tierra porque sé que debe estar orgulloso en el cielo, ya que él siempre me decía que leer y escribir me darían sabiduría para poder enfrentar la vida. Por eso, amiguito lector, debes cuidar a tu abuelo, que solo ese ser maravilloso nos puede brindar el amor más puro, y no hay hombre más sabio que él para que te enseñe a valorar la vida.

Autor: Isabel Cristina Quizhpi Ortega

Categoría: 9-12 años

Puesto: Tercer lugar

Mi querido Cassian



En la penumbra de la madrugada me levanté de mala gana, me metí en la ducha recordando aquel día que lo conocí, ni siquiera esperaba enamorarme de él. Pero ¡quién manda sobre el corazón!

Exacto: nadie.

Pasábamos mucho tiempo juntos, aunque él no supiera de mi triste existencia; estaba junto a él, escuchando cada sentimiento que expresaba a sus amigos, imaginando el dolor por el que pasaba. Lloraba con él, sentía con él y, aunque mi amor no era correspondido, lo seguía amando como el primer día que lo vi. Resaltaba entre los demás: ojos verdes, desordenado cabello negro, definitivamente Cassian era la definición de la perfección. No era malo, simplemente había pasado por mucho.

Frustrada por el desorbitante dolor que sentía al pensar en el simple hecho de que jamás lo tendría cerca de mí, di un suspiro, aún faltaban unas horas para entrar a clases. Cansada de estar atrapada en esta realidad, me acerqué a mi estante y tomé mi libro, *El amor de Cassian*.

Autor: Tábata Gabriela Quezada Chalco

Categoría: 13-17 años

Puesto: Primer lugar

13

¿La niña?



La niña caminaba tan rápido como podía para alcanzar a los demás que corrían, quería comprar todo lo que veía: dulces, juguetes y más. No era nada obediente y siempre quería hacer cosas divertidas que los demás no querían o no podían hacerlo porque no tenían tiempo. A veces se enojaban con la niña, pues todo lo desordenaba y destruía y, cuando comía, todo lo regaba y lo ensuciaba. Ella sonreía tanto como podía. Ella no quería tomar sus medicinas y quería solo comer golosinas.

A veces se perdía o se escapaba de la casa y todos salían a buscarla. Un día, al volver a mirarse en el espejo, ella, la niña, se quedó con una sonrisa fría, ya que descubrió que ya no era la misma, ya no era la niña... ¿? Era la abuelita que todos consentían y trataban como niña, pues ella ya había olvidado que su vida había pasado y que debido al alzhéimer lo había olvidado todo.

Autor: Arianna Carolina Quezada Chalco

Categoría: 13-17 años

Puesto: Segundo lugar

15

El árbol que se cae



¡Un árbol va a caer!, pensó. Quizá por la fuerza del viento, pero realmente el soplar del viento no sea la razón. Tal vez, el mismo árbol cae por su peso, se decía en silencio. Él árbol se siente muy triste, ya que entiende que el caer significa morir.

Así pasaron los meses. El árbol permanece de pie más tiempo de lo que pensaba, no sabe cómo sentirse; cree que es feliz, aunque ese sentimiento de poder caerse en cualquier momento lo hace sentir incómodo, vacío.

Ese temido día llegó, pero no fue por el viento o por él, sino por unos seres "inteligentes". En el momento en que lo estaban talando se sintió irritado y triste, ya que todo el tiempo se pasó pensando que se iba a caer, así que no disfrutó mucho de estar vivo. Justo en ese fatal momento supo apreciar lo que tenía alrededor: vio las casas con su arquitectura clásica, un pequeño jardín con muchos y hermosos arbustos y vio a un joven que lo estaba mirando desde la ventana mientras escribía sobre él.

Autor: Matías Fernando Godoy González

Categoría: 13-17 años

Puesto: Tercer lugar

17

Terremoto a mis 13



¡Es increíble cuán rápido pasa el tiempo! Hasta hace un par de años el rosa era mi color favorito, las muñecas mi mejor distracción y mi apariencia física era lo de menos. ¡Ah, pero ahora casi todo es oscuro y me aburren los juegos con mi hermana, tengo un millón de cosas por hacer y un tiempo limitado! Por si fuera poco, mis emociones son un verdadero terremoto, mi pregunta es si a los 13 siento enloquecer ¿a los 30 moriré? ¡Naah, por ahora basta y sobra con los cambios de mi edad!

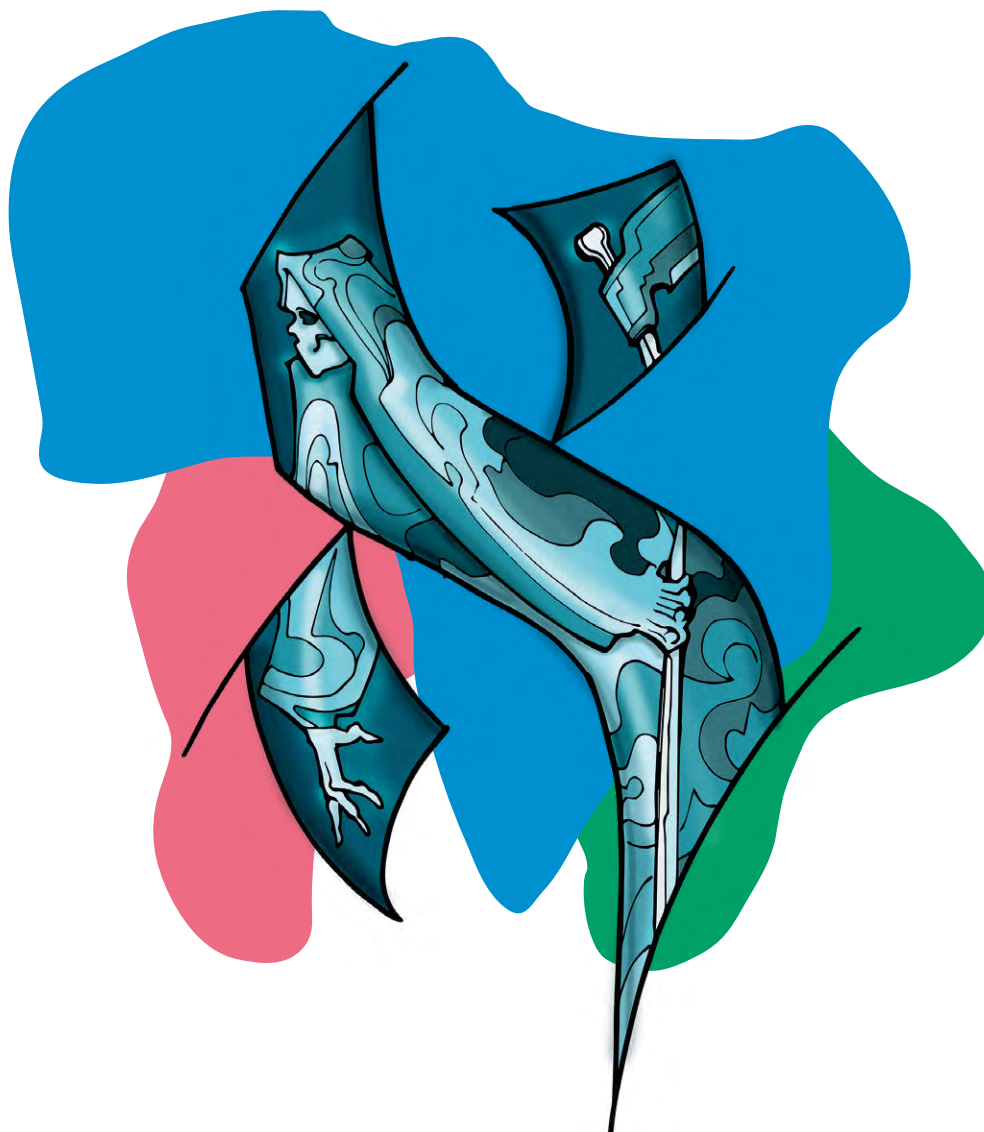
Autor: Mayté Alexa Acosta Valencia

Categoría: 13-17 años

Puesto: Mención

19

Epifanía



Le nacieron raíces al espacio y, como a Bach, el que voló no fue el ensueño, fueron los recuerdos de alguien que se estaba convirtiendo en un Quijote: ese era yo, libre y soñador que iba por una orilla. Tenía una cita con el Aleph, me esperaba con un cuadro de Monet y dos cigarrillos.

Ayer conocí a la que se convertiría en mi antagonista, le dije. Se presentó con una nota de sangre y vestida de frac; la notaba familiar, caminamos un poco y me hablaba con un lenguaje epifánico. Su caleidoscopio me mostraba un espacio etéreo que poco a poco se iba convirtiendo en un ser diminuto; pude ver a todas las hormigas del mundo y a aquella insignificante telaraña de Borges. Sin saber y sin una brisa que acompañase mis quimeras, iba con la muerte de mi lado, caminamos juntos por lugares que pertenecían a una dimensión desconocida, nos elevamos a un recuerdo y me transportó a aquel día en el que la Beatriz de Dante bajó al infierno blanduzco. Veía el Aleph y a la muerte. Me parecía muy cómica y teatral aquella escena, todo se veía tan real hasta que aparté mi ojo de aquel raro artefacto.

Contempla esta imagen porque es la tuya –mencionó. Caminamos un poco y luego desperté, y ahora estamos aquí para emprender otro viaje. El Aleph me tomó del brazo y me llevó a otra dimensión desconocida.

Ahora conocerás el día de tu muerte –susurró.

Autor: Juan Pablo Armijos Armijos

Categoría: Abierta

Puesto: Primer lugar

21

Latido de cóndor



Pulsaciones sosegadas se preparan para acelerar: el impulso perfecto le permitió despegar de la tierra con destino adyacente al viento anabático. Cada aleteo invitaba al aire de los Andes a conectarse con su palpitar que se incrementaba con el ascenso de su vuelo. Ya estando paralelo a la cima, pudo ensamblar la aceleración de su corazón con el fluir del agua arremetida en su caudal, que descendía de picada.

En plena sincronización de las alturas andinas con el corazón del cóndor, su instinto incitó a su alma a deshacerse en fuego cuando escuchó el llamado impetuoso de su amada en busca de auxilio, pero era tanto el recorrido de regreso que la distancia se convirtió en el cauce hacia un destino irremediable: su sentir monogámico le advirtió la señal de su soledad venidera.

Autor: Thalía Beatriz Carrión Carrión

Categoría: Abierta

Puesto: Segundo lugar

23

Como una hoja seca



Lloraba desesperadamente. Con la bocina del teléfono público pegada a su mejilla, no articulaba palabra y sus lágrimas, también en silencio, bajaban abriéndose paso en medio de su rostro descompuesto y agachado, como aumentando el peso de su cabeza, como obligándola a mirar resignadamente hacia el suelo, mientras la pantalla del teléfono le pedía que introduzca otra moneda.

En ese instante, todos □ doctores, pacientes, guardias, frágiles enfermeras □ fuimos testigos de su derrumbamiento, de la implosión de su sufrimiento. Vimos cómo la fuerza y la voluntad humana abandonaban un cuerpo que, completamente devastado, se arrodillaba sin soltar la bocina del teléfono que seguía pidiendo una moneda con la amenaza de terminar la llamada.

Efectivamente, aquella llamada terminó y ella, que ahora ya no era llanto desconsolado, sino gritos como aullidos, no pudo oponerse ante la fuerza del guardia del hospital que la arrastraba como un río que lleva una hoja seca, arrancada, frágil, marchita, sola, casi muerta, hacia la Sala de espera, a esa congeladora donde te ubican para que te desvanezcas lentamente aguardando una buena noticia, o de una vez una mala, o simplemente algo...

Autor: Johnatan Rafael Ortega Quinde

Categoría: Abierta

Puesto: Tercer lugar

25

Soluna



Soluna tiene dientes chuecos y amarillos porque odiaba los cepillos, tiene una risa escandalosa y hasta la señora más amargada, de solo escucharla, empieza a sonreír como niña en un día soleado de abril.

Soluna no baila ni canta, lo que la hace brillante son sus ganas de aprender, brindar calor en los días de frío y su alumbrar en las noches cuando nadie quiere conversar o su hermano quiere llorar.

Ella es Soluna, crea y brilla con cordura.

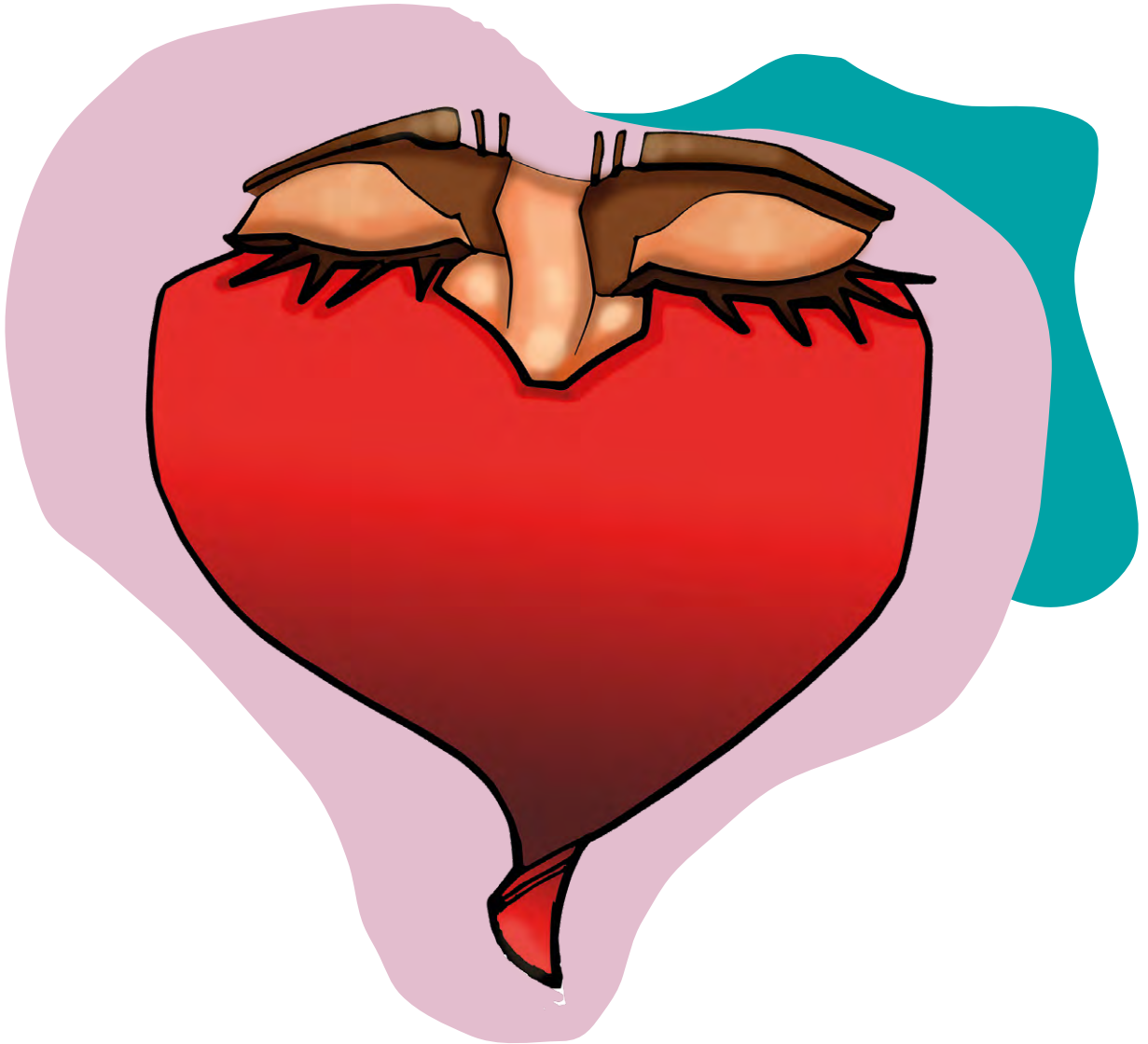
Autor: Nataly Leonor Bermejo Cantos

Categoría: Abierta

Puesto: Mención

27

Reto de los sentidos



Cuenta la historia que los sentidos fueron sometidos a un desafío durante la pandemia:

Mirar más allá de lo que la normalidad exige.

Escuchar con el alma para aprender a ser, crecer, vivir, convivir.

Oler la frescura de cada mañana sonriendo ante la armadura de las mascarillas.

Saborear un café de felicidad, en medio de semanas que marchan con días idénticos, cuando la esperanza parece haber sido desterrada.

Tocar con palabras de empatía, como única medida para romper el distanciamiento.

¿Te atreves a ponerlos a prueba?

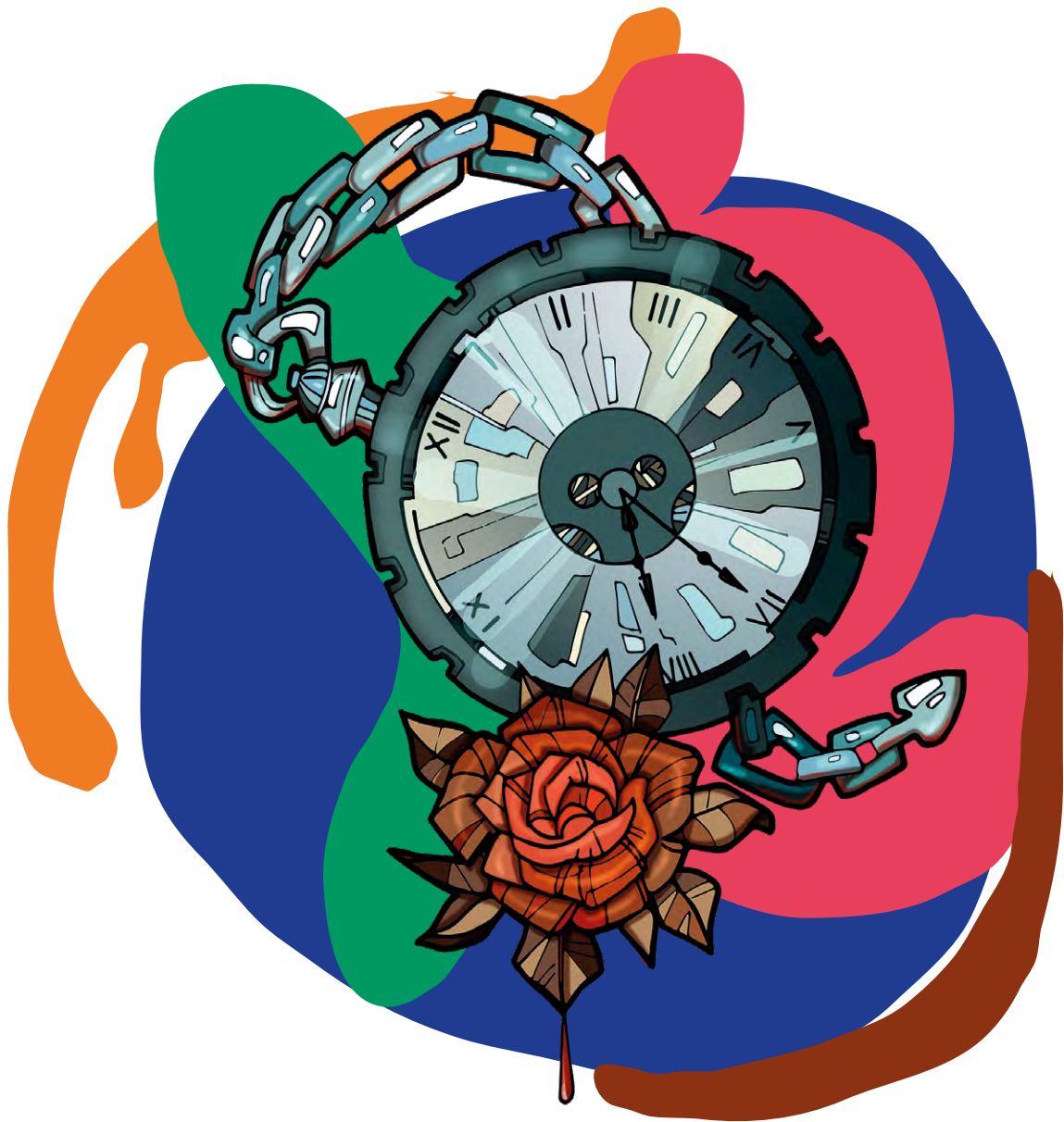
Autor: Bernardita de Lourdes Vinuesa Ortega

Categoría: Docentes

Puesto: Primer lugar

29

Esperando



Salió a las **ocho** de su casa, apresurada, mientras tarareaba su canción favorita. Caminó varias cuadras y llegó a la esquina donde solía esperar. Pasaron **siete** minutos exactos y, de pronto, llegó. La contempló detenidamente, su cabello largo, sus cejas espesas, sus labios de fresa; su figura le recordaba a las musas de Botero. Habían pasado **seis** meses desde que la vio por primera vez, sin embargo, no se atrevió a acercarse. Cruzó la calle para seguir su trayectoria. De pronto alguien silbó, se dio la vuelta, era ella. Una sonrisa se posó en su semblante y se repitió las palabras que siempre ensayaba: "**cinco** pasos, nada más". En **cuatro** segundos recordó a **tres** de sus novias, a las que amó tanto, pero ninguna como a ella. Sus **dos** piernas ya no le obedecían. Un súbito instante bastó para que se dejara atrapar, quedó bajo las llantas del Cherokee azul y el claxon, que sonó retumbante. Fue inútil.

Autor: Tania Osmara Gallegos Criollo
Categoría: Docentes
Puesto: Segundo lugar

31

Un viaje a la ciencia sobre ruedas



En la aldea de la luz, ubicada en un rincón del Ecuador, donde los niños anhelan hacer realidad sus sueños, una noche llena de estrellas y cuando la luna estaba en su fase de luna llena, nació una niña muy especial a quien sus padres le pusieron Roussy.

Desde pequeña, los ojos de la niña brillaban como dos luceros, era muy risueña e inquieta. Le gustaba patinar y jugar a ser científica; sin embargo, en esta aldea solo podían ser científicos los niños; a las niñas no se les permitía hacer ciencia. Sus padres le adecuaron un rinconcito de su hogar para que Roussy pudiera jugar a ser científica. Una tarde lluviosa, Roussy estaba preparando sus patines y había creado una mezcla de varios elementos químicos. Sin darse cuenta, el líquido se desparramó en el piso y cayó sobre sus patines. Al instante una luz llena de colores apareció en su laboratorio y sus patines comenzaron a moverse sin control. Roussy agarró los patines y en segundos se transportó a una isla en donde se encontró con cientos de científicos que habían dejado un legado en la historia.

Al entrar Roussy a la isla, la llevaron a un coliseo en donde le pidieron patinar, ella comenzó su calentamiento y realizó una muestra de su deporte favorito. Al finalizar su presentación, se levantó Marie Curie y le dijo "que nadie te diga que no puedes hacer ciencia", pues incluso cuando patinas aplicas fenómenos físicos en cada uno de tus movimientos. Uno por uno de los científicos se levantó para explicarle los fenómenos que se presentaban en cada figura de patinaje que realizaba. Roussy, al escuchar todo lo que le decía cada científico, quedó sorprendida de que la ciencia esté presente en su vida.

Luego de dar un recorrido por toda la isla y de conocer a grandes científicos, Roussy reunió los elementos químicos que había combinado antes de este viaje para poder regresar a su aldea. Regresó y nunca más tuvo miedo de jugar a ser científica, incluso invitaba a niños y niñas para sus juegos.

Autor: Diana Alexandra Aucancela Palaguachi

Categoría: Docentes

Puesto: Tercer lugar

Mi éxodo ¿cuál es el tuyo?



Érase en un pueblo de la cordillera de los Andes, Monterillas, un lugar paradisiaco, exultante de vida. Como en todo lo que ocurre en este mundo palpable, lo que nos rodea tiene un principio, así se inició Monterillas, con apenas ocho familias.

De ese pueblo surgió un "salvador" de la ignorancia, Moisés, pues comprenderán que también la ignorancia es un tipo de esclavitud. Siendo aún niño había visitado Cuenca, allí pudo descubrir que había mundos más amplios y que podría disfrutar de sus bondades. Pensó: "podré estudiar para enseñar a los demás, aprenderé a hacer cuentas, a leer muchos libros, a ser profesor ..." ¡Y vaya que los sueños sí se cumplieron!

Así se aventuró en este propósito, aun a regañadientes de su padre a quien le pidió la parte de su herencia. Lo dejó todo y se fue para crear y construir su destino, pues este depende de nuestras decisiones. Como el pueblo era pequeño, pronto se enteró de que había cumplido su primera meta: ser bachiller. Luego fue a la Universidad para ser ingeniero, logró su título, trabajó durante muchos años como docente de una universidad y en otras actividades de beneficio social, no regresó a su Monterilla del alma por estos tiempos, pues ya no tenía "herencia".

Pero ¡qué mejor herencia que la educación que él se atrevió a conquistar. Su sacrificio no fue en vano. Con el transcurso del tiempo, regresó y se construyó un rancho, creó una empresa MIROAR-COLLAY para apoyar a los campesinos del sector y se constituyó en el héroe de muchos.

Con su ejemplo otras familias salieron en busca de mejores días para sus hijos, sobre todo buscando una mejor educación que satisficiera a esas almas que siempre buscan algo más que solo llenar sus estómagos, porque descubrieron que, si bien es importante el alimento, también lo son las letras, alimento para la mente y el espíritu.

Autor: Concepción Esbélida López Cabrera

Categoría: Docentes

Puesto: Mención

35

El último cóndor



El día que desapareció el último cóndor, en el páramo se sintió un vacío. El llanto de las ranas no pudo ser calmado por ningún animal. El oso de anteojos se escondió en su madriguera y esperó, aún mantenía la esperanza de volver a ver a su amigo surcar los cielos. La chuquiragua y el árbol de papel se cubrieron con un manto de melancolía. Y el agua no tuvo más remedio que seguir su camino, el cruel destino solo le permitiría mandar el mensaje al resto del mundo. El día que desapareció el último cóndor se fue la alegría en el páramo.

Autor: Heidi Pamela Mogrovejo Álvarez
Categoría: Estudiantes universitarios
Puesto: Primer lugar

37

El recuerdo de Charlotte



Era uno de esos domingos en los que todo, desde la fría lluvia exterior hasta la pereza interior, confabula para que decidas pasar el día en casa vistiendo pijama, tomando bebidas calientes y manteniendo cualquier esfuerzo físico al mínimo.

En días como ese, la mente de Charlotte solía vagar por sus recuerdos infantiles, pero este domingo en particular solo tenía un personaje en mente, su antiguo *amigo de sueños*: un caballero de tercera edad, alto, de cabello gris, delgado pero fuerte, sonrisa amable, que siempre vestía guayaberas blancas y anteojos cuadrados, con quien Charlotte soñaba frecuentemente cuando era niña. No recordaba su nombre, pero sí los consejos que le daba, la manera en que la llamaba “pequeña”, y la tranquilidad que sentía al despertar después de haber tenido una charla con él. A él le sorprendía la gran imaginación que poseía a tan corta edad.

Hubiera seguido sumergida en sus recuerdos de no ser por el llamado de la naturaleza que la obligó a ir al baño. Al salir, vio a su madre sentada en el sofá de la sala revisando álbumes de fotos, se le acercó con la intención de acurrucarse a su lado, pero en cuanto se sentó esta le tendió una fotografía que, aunque era a color, se notaba antigua. Era el retrato de un hombre mayor. Al verla, Charlotte se puso rígida y abrió ligeramente la boca por la sorpresa.

Es mi padre, es decir, tu abuelo...no creo habértelo comentado antes, pero naciste en la misma fecha de su muerte, solo que dos años después, claro –le dijo su madre.

Charlotte seguía mirando la fotografía sin poder creerlo, era su *amigo de sueños*.

Autor: Gabriela Noralma Rizzo Maridueña

Categoría: Estudiantes universitarios

Puesto: Segundo lugar

39

Cuando las hojas caen



El viento sopla, los árboles bailan y yo, sentado en una roca, acaricio un suave pelaje. Coloco el arnés a Volante peludo, mi mejor amigo, y camino a casa. Cuando vamos al bosque disfruto el aroma dulce de las flores, cuyos pétalos hacen que mis dedos se estremezcan con la suavidad de su cuerpo. De pronto, mi pie derecho pisó algo, no reconocí qué era, pero se escuchó como una envoltura de caramelo ¡Crac! Quise detenerme, pero Volante peludo continuó su marcha.

Al día siguiente, caminamos nuevamente por el bosque. Era momento de disfrutar de las flores, pero mis dedos solo tocaban tallos y ramas. Además, aquel día el viento soplaba más que nunca y al dar pasos se escuchaba otra vez ¡crack!, ¡crack! Repentinamente Volante peludo se detuvo y me llevó al suelo. Mis manos tocaron algo parecido a una hoja por su forma, pero ¿por qué se quiebra cuando la toco?, me pregunté.

¡Ha llegado el otoño, ha llegado el otoño!

— escuché que alguien gritó.

¿Pero de qué se trata eso?

—pregunté.

¡Cuando las hojas caen!

—me respondió.

En ese momento comprendí que las hojas que no pude tocar han caído, ahora crujen y ¡eso es grandioso! Pero al mismo tiempo me preguntaba si ya nunca más disfrutaré de su suavidad.

No te pongas triste, cuando las hojas caen significa que algo más hermoso llegará, cuando las hojas caen la naturaleza vuelve a nacer, cuando las hojas caen la naturaleza respira— dijo esa voz.

Sonreí y acostado con mi Volante peludo y dejé que las hojas cayeran sobre mí y al mover mis brazos y piernas escuchaba cómo crujían. Desde ese momento descubrí lo grandiosa que es la naturaleza y que la puedo disfrutar con tan solo escuchar el sonido de sus hojas, aunque no las vea.

Autor: Leslie Aracely Mejía Cajamarca

Categoría: Estudiantes universitarios

Puesto: Tercer lugar





material DIDÁCTICO
Colección UNAE